

La Ilustración Católica

BADILLO

MANCHON

SUMARIO.

TEXTO.—Revista, por V. P. Nulema.—Crónica de París, por D. Francisco M. Melgar.—No es nuevo el darwinismo, por D. Joaquín S. de Toca.—Egloga en loor de María Santísima y del Niño Jesús, por Lope de Vega.—Los grabados, por X.—El Hogar cristiano (recuerdos), por E. A.—Revista científica, industrial y económica, por D. Ernesto de Bergue (Ingeniero).—Jeroglífico.

GRABADOS.—Portada inédita del antiguo convento de Bonaval (provincia de Guadalajara).—La adoración del Niño Jesús en el portal de Belén (cuadro de la Escuela moderna del arte cristiano).

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid y provincias.
Tres meses... 16 rs.
Un año... 60 »
Cuba y Puerto-Rico.
Seis meses... 2 1/2 ps.
Un año... 4 »

PRECIOS DE SUSCRICION.

Extranjero.
Seis meses... 11 fr.
Un año... 21 »
Filipinas y Méjico.
Seis meses... 3 1/2 ps.
Un año... 6 »

DIRECTOR: D. MANUEL PEREZ VILLAMIL.

Madrid 28 de Diciembre de 1879.

ADMINISTRACION: JESUS DEL VALLE, 23 Y 25, PRINCIPAL.

Epoca 2.ª—Año III.—Tomo III.

NÚMERO 24.

Número suelto, real y medio.

REVISTA.

Dadas las costumbres de la antigua sociedad cristiana, se comprende muy bien que la Pascua de Navidad fuese la época más alegre del año. Nuestros padres celebraban con júbilo la Noche-Buena, porque se asociaban con todo su corazón al gozo de la Iglesia nuestra madre, cuyas glorias y misterios tuvieron su cuna en el pesebre de Belén. Lo que no se comprende, lo que parece absurdo, es que en las costumbres actuales, perdido el espíritu cristiano, se celebre con alegría el acabar de los años, que van llevándose consigo girones de nuestra vida corta y deleznable.

Pero hay más; la fiesta de Navidad es por excelencia la fiesta de la humildad cristiana, porque nada puede darse más humilde que el abatimiento de un Dios que se hace hombre, que pone su cuna en un pesebre, y toma por testigos de su nacimiento dos rústicos animales. La escena de Belén es, en este concepto, una protesta viva contra la soberbia de nuestros tiempos, en los cuales nadie se contenta con posiciones bajas, sino que el menestral aspira á vivir en palacio, y el que nació rico pretende absorber para su regalo y opulencia todos los bienes de la tierra.

En los buenos tiempos de la piedad, esta fiesta que ahora celebramos, significaba para todos, no el invierno de la naturaleza en que sucumbe y desaparece la vida de un año, sino la primavera de la gracia, en que brotaban al calor de las divinas misericordias, todas las flores del alma. Significaba además, según decimos, el

triunfo de los pobres y de los humildes, santificados y ennoblecidos en Cristo; compensando así las penas y miserias de este mundo, donde todos soporamos el peso de la manzana del paraíso.

Así se explica la alegría, el júbilo, el consuelo con que era saludada la Noche-Buena, y las fiestas que en el hogar doméstico se celebraban al compás de rústicos instrumentos.

Amortiguada la piedad y entronizado el espíritu pagano en las costumbres, ¿qué alegría puede despertar la Pascua de Navidad? ¿Alegría porque agoniza un año que se nos lleva un pedazo de vida y tal vez muchos del corazón? ¿Alegría porque nos amenazan las eventualidades y contingencias de un año nuevo, donde acaso tengamos preparada una mortaja que reemplace á nuestros trages de moda?

Humanamente considerada esta época del año es muy triste, tan triste como una agonía, tan temerosa como un viaje por el desierto, tan fría y desapacible como el corazón del invierno. La religión que sabe convertir los infortunios en beneficios y hace del sepulcro la cuna de nuestra verdadera vida, pudo hacer también de este tiempo el más alegre del año.

Por eso los que hemos nacido en hogares cristianos; los que de niños nos hemos gozado en las alegres veladas de Noche-Buena; los que aún miramos con cariño las figuritas de barro, las zambombas y los tambores de Navidad, al llegar estos días no podemos menos de enviar un saludo de gratitud á las antiguas costumbres de nuestros padres, y postrados ante el portal de Belén unirnos de corazón á la alegría de los sencillos pastores que fueron testigos del nacimiento de nuestro Redentor. Pero que no quieran alegrarse con nosotros los que rinden párias al ídolo de la civilización moderna, porque á ellos, si han de ser lógi-

MONUMENTOS INÉDITOS DE ESPAÑA.



PUERTA DEL ANTIGUO CONVENTO DE BONAVAL
(Provincia de Guadalajara).

cos, les toca llorar los estragos del tiempo que pasa y los triunfos de los humildes á quienes escarnecen.

Las costumbres modernas, sin embargo, pretenden hacer suya la fiesta de Navidad, como los festejantes del Hipódromo han querido pasar por héroes de la caridad cristiana.

Las falsificaciones están á la órden del día, y no es mucho que fiesta que hallaron alegre los hijos del progreso, hayan tratado de incluirla en el programa de sus placeres. Comer, beber y bailar no son penitencias muy duras para ofrecérselas al Niño Jesús, como no ha sido el festival de París sacrificio muy penoso para obsequiar con él á los inundados de España.

Meditar en los misterios de la Redención, ayunar la víspera de Pascua, asistir á Misa y recibir los Sacramentos, son cosas accesorias de que se puede prescindir, usos añejos que no hacen falta para celebrar las Navidades. Los antiguos eran tan adustos, que habían hecho de la religión cristiana una profesión de privaciones y sacrificios; por rara excepción echaban una cana al aire en los días de Pascua. Pero nosotros, que somos muy alegres, hemos suprimido esos usos de nuestros abuelos, hasta que logremos hacer de la religión de Jesucristo una práctica de vida conforme al espíritu moderno.

¿Se trata de practicar la caridad? pues damos una saturnal escandalosa; ¿se quiere celebrar el humilde nacimiento de Jesucristo, que tuvo por cuna un pesebre? pues nos gastamos en una noche de jolgorio lo que necesitarían para vivir un año cien pobres. La cuestión es convertir este valle de lágrimas en jardín de delicias, para que la vida sea una fiesta continua donde no se conozcan dolores ni penas.

A estos cálculos de la sociedad actual opone el almanaque el argumento terrible de sus fechas: ¡28 de Diciembre! Dentro de tres días habrán muerto con el año de 1879 todos los placeres que han sido, y dentro de ese mismo tiempo habrá comenzado á existir el año 1880 con todos los remordimientos que dejan en la conciencia los atentados contra la justicia.

Con uno muy grave que hiere á la vez la moral y el arte, se despide en *El Español* el año 79. El drama *Mar sin orillas* del Sr. Echegaray, ha escandalizado á los que tienen por oficio no escandalizarse de nada, y ha suscitado enérgicas protestas.

Nosotros hemos asistido á una representación como asiste un médico á una autopsia, ó más bien como asiste un funcionario público á la ejecución de un delincuente. El drama no puede ser objeto de crítica, porque las reglas del arte literario están basadas en principios racionales, y el *Mar sin orillas* cae fuera de su jurisdicción, como lo está el puñal cobarde y alevoso de las reglas de la esgrima.

Siempre hemos creído que las obras del Sr. Echegaray debían su éxito á que estaban guisadas con mandil; pero las cosas han llegado á un punto, que con mandil y todo son capaces de manchar las manos de un carbonario.

El género es muy fácil, es elemental, porque acumular horrores sin arte y sin medida lo hace cualquier alumno de la escuela del Saladero ó de Ceuta. Presentar en el teatro los vicios y los crímenes como lo hicieron Buchard y Víctor Hugo, tiene mérito, aun cuando las obras no sean ejemplares; pero vaciar sobre las tablas crímenes y vicios como quien desocupa una espuerta de basura, es tarea más bien de barrendero de la villa que de poeta dramático.

Conservar la verosimilitud en las fábulas teatrales, crear caracteres humanos, desarrollar una acción interesante con sujeción á las leyes del arte y del buen gusto, presentar en escena hechos que conmueven el corazón y dicen algo al entendimiento, es obra de un poeta, el cual será tanto más digno de lo cuanto mejor cumpla las difíciles leyes del arte dramático. De nada de esto se cuida el Sr. Echegaray, y el *Mar sin orillas* ha tocado las del ridículo por el abuso inaudito de sus extravagancias y disparates.

Toda la prensa, con insignificante excepción, ha protestado contra la obra, y nosotros al hablar de ella repetiremos lo que decíamos al presenciarla: dar un drama no es dar un escándalo.

Cúmplenos al terminar esta crónica, que ha de ser la última del año, enviar á todos nuestros amigos el tradicional saludo de Pascua, saludo de cariño y de gratitud á que son muy acreedores los que tanto nos favorecen, coadyuvando á una empresa difícil que absorbe todas las horas de nuestro trabajo y todos los latidos de nuestro entusiasmo.

Los que nos gloriamos de pertenecer á la antigua sociedad cristiana; los que vivimos unidos por lazos del entendimiento y del corazón en medio de una sociedad que se disuelve; los que formamos en cierto modo una familia, y nos abrigamos en un mismo hogar, tenemos estos días la obligación que impone la nobleza de nuestro linaje, de estrechar los dulces vínculos de la caridad, principiando por ofrecer á Dios los trabajos de nuestra vida.

Ruda es la nuestra en el continuo batallar de las ideas y de las instituciones; trabajosa como la del militar en campaña; pero alientanos el amor de nuestros amigos, que nos dan la mano en los trances más difíciles, y la continua protección del cielo, que visiblemente recibimos en las horas de vacilación y cansancio.

Por eso nos complacemos al celebrar la Pascua de Navidad—recordando las piadosas costumbres de nuestros padres—en ofrecer á Dios nuestra obra, como enderezada á su mayor gloria, y en saludar á nuestros amigos, como cooperadores de la empresa restauradora á que LA ILUSTRACION CATOLICA se consagra.

V. P. NULEMA.

CRONICA DE PARIS.

Desde la invención del termómetro hasta nuestros días, el frío más intenso observado en París había sido de 21 grados y algunas milésimas bajo cero el año 1871. Hace pocos días, el termómetro oficial de Montrouisi descendió hasta 24.

Eso de murallas adentro, pues en las casas de recreo de los alrededores, han bajado los termómetros á 26.

Aseguro á mis lectores que semejante temperatura basta para quitar todos sus encantos al paisaje, que debe sin duda ser soberbiamente hermoso para copiado en un cuadro; pero que á los que lo vemos de cerca, nos deja insensibles... como un hielo.

Sin embargo, uno de los momentos en que da gozo á un español hallarse en París, es el momento de una gran nevada, ocasión poco menos que única en que su amor patrio puede permitirse decir con verdad á los franceses: «pues en España no lo hacen peor las autoridades.»

El ayuntamiento de París, más rico que un gobierno poderoso, con sobra de personal y de dinero, se ve siempre cogido de improviso por la nieve.

Primero que organiza, arma y pertrecha los batallones de jornaleros destinados á rechazar la invasión, pasan dos ó tres días, durante los cuales el enemigo se instala en la plaza, levanta barricadas y parapetos, abre fosos ó los ciega, y exige un combate largo, tenaz, para ceder el terreno palmo á palmo.

Así hemos pasado cerca de una semana privados de coches, como no fuera para distancias cortísimas, y así siguen hoy muchas calles, entre ellas no pocas de las grandes arterias, convertidas en otras tantas Beresinas.

Los periodistas se consuelan haciendo observaciones curiosas sobre el aspecto de París nevado y lleno de *vice-versas*.

Por ejemplo:

La luz ha cambiado de sitio; sube de la tierra en vez de bajar del cielo.

Las gentes aparecen iluminadas como los cómicos en el escenario, por las luces de las candelillas, de abajo arriba.

Los caballos marchan como pisando huevos, con majestad elefantiana, y los hombres van trotando, cuando no galopan.

Más impunemente se puede mirar cara á cara al pálido sol que á la rojiza luna.

Al *boulevard* bajan palomas torcaces en busca de comida; y hasta un aguilucho se ha dejado coger picoteando un tiesto junto á la Opera.

En el Luxemburgo, bandadas de cuervos famélicos dan caza á las tórtolas y se ceban en la populosa

tribu de gorriones que de tiempo inmemorial tiene en aquellos jardines sentados sus reales.

El gorrión, animalito perfectamente equiparado á ciertas altas gerarquías modernas, porque los reglamentos de policía urbana le declaran irresponsable, sagrado é inviolable, ha de hallarse estupefacto.

La ley le concede garantías tan preciosas que hoy no debe reconocer límites su indignación al verlas violadas.

Tengo para mí, que si bien es indicio de mal corazón el hacer daño á los animales, es signo de mayor ferocidad natural el amarlos desordenadamente.

Por lo que á mí toca, no puedo ver una gran dama apasionada ciegamente de un austiti asqueroso ó de un king-charles canijo, sin decir para mis adentros: «hé aquí una naturaleza moral profundamente gastada; si esta señora hubiera nacido diez y seis siglos antes, hubiera sido de las que bajaban el pulgar en las fiestas de los gladiadores pidiendo que se degollara al vencido.»

Por eso París, el pueblo de las calceteras de la guillotina y de las furias de la *Commune*, que mutilaban á los prisioneros cortándoles, en vida, todas las partes salientes del cuerpo, es un pueblo fanático por los pájaros.

La ley, obedeciendo al sentimiento público, ha tenido que señalar penas, relativamente muy duras, para todo el que se permita faltar al respeto á un gorrión, y como esta casta de plumíferos aventaja en penetración á muchos bípedos sin plumas, es de ver cómo bajan á bandadas á los jardines públicos y se dejan casi pisar por los niños, á los que persiguen en busca de migajas, como animales domésticos.

Para que los animalitos gozaran más conscientemente de esta Jauja de los gorriones, y supieran apreciarla en lo que vale, es lástima que no se les condujese antes á expensas del Estado, á residir una temporada en los pueblos de Castilla.

Sólo que la temporada había de ser bien corta si se quería que quedase alguno para muestra.

Donde lo excepcional de este invierno ha producido mayores trastornos, es en los grandes servicios de ómnibus que existen en París, el fluvial y el terrestre.

Este último ya se ha restablecido poniendo tres caballos á los coches que antes llevaban dos, cinco á los de tres, y seis á los de cuatro.

Sin embargo, vocación de helado se necesita para aventurarse en aquellas neveras.

De abominable y antiquísima construcción, los ómnibus de la compañía general, que ejerce monopolio, ni tienen portezuela, ni admiten calentadores por la forma convada del piso. Cuando nieva, nieva dentro, y cuando hiela, que ahora es á todas las horas del día y de la noche, se forma en el fondo una costra de escarcha, ni más ni menos que al aire libre.

A cada paso se echan del vehículo á la calle infortunados pasajeros que empezaban á entumecerse, y que apenas se ven en tierra firme principian á patear como desesperados, no solo para restablecer la circulación de la sangre, sino en justo desahogo contra la Compañía.

Los conductores, como llaman aquí por vicio de lenguaje á los que van detrás y recaudan el precio de la carrera, distraen el frío con multitud de chanzonetas.

«¡Buena ocasión, gritan al llegar á las estaciones, buena ocasión para los aficionados á sorbetes! ¡Gran surtido en la imperial, señores viajeros! ¡Se dan gratis, como prima, por el solo precio del asiento!»

Otras veces, cuando más se soplan en los dedos y más alto trinan los que van dentro, echan ellos la correhuela que les sirve para impedir la entrada mientras suben á cobrar á los de arriba y dicen: «cerremos la puerta; con eso no tendrán ustedes aires colados; ya ven que queda cerrado herméticamente.»

Pero aun así y todo, los ómnibus de tierra andan, mientras que los vapores ómnibus llevan un mes presos con cadenas de hielo en los embarcaderos.

El espectáculo del Sena helado es muy hermoso. Sobre el hielo ha nevado y la inmaculada superficie no ofrece el aspecto de un espejo ó de una llanura uniforme, como pudiera creerse, sino de un país accidentado con blanquísimos montes y valles en miniatura no pisados por planta humana.

La Cité, que mirada desde ciertos puntos siem-

pre parece un barco colosal que desciende majestuosamente por el centro del río, ahora se presenta á los ojos como atracada á un muelle, esperando inmóvil la ocasión de continuar la travesía.

Su divisa, que ha llegado á ser la divisa de París: *Fluctuat nec mergitur*, hoy es inexacta. Hoy *nec Fluctuat nec mergitur* sería más propio.

La nave maravillosa aparece como encallada, destacándose sobre el fondo blanco con más vigor que de costumbre todos los accesorios que completan la ilusión: la estatua ecuestre de Enrique IV sirviendo de mascarón de proa, las torres de la catedral, fortísimas y elegantes como castillo de popa, y en el centro la incomparable aguja de la Santa capilla, mástil que espera á que en él se ize el oriflama de San Luis.

Celebróse la fiesta del hipódromo.

Y basta de esto.

El mismo silencio pensaba guardar sobre otro asunto de índole muy diversa, las conferencias del Padre Didon; pero faltó á mi propósito porque veo que puedo ceder la palabra á otra persona nada sospechosa, á Ignotus.

El Padre Didon, superior del convento de dominicos de la calle de Jean de Beauvais, llevaba ya dos ó tres años predicando conferencias para las gentes de mundo, á las que quería convertir por el esfuerzo de la razón pura, á fuerza de silogismos, y prescindiendo por completo de la revelación.

Este año sus conferencias versaban sobre el divorcio, y dió cuatro ó cinco, hasta que el eminentísimo Cardenal Guibert le ha ordenado suspenderlas.

Pocos días antes de la suspensión, Ignotus, el célebre retratista á la pluma de todas las celebridades, trazó un retrato del fraile, que merece, en parte, ser traducido en este lugar.

Ignotus es breton. Liberal, obligado á hacer carrera, y muy metido en el mundo que bulle; es un breton muy degenerado; pero á veces la sangre de sus padres se despierta en él y le permite algún raro movimiento de vigor católico.

Así le ha sucedido con el Padre Didon, á quien pinta con entusiastas colores; pero cuyo retrato termina con el párrafo que traduzco á continuación:

«Parece que el P. Didon se engaña cuando cree que la Fé divina entra en nosotros por el entendimiento. Principalmente entra por el corazón. Alguien—me parece que Pascal—ha dicho que la Fé es Dios hecho sensible al corazón. Supongamos que mañana uno de nosotros se sienta impulsado repentinamente por una fé tan ardiente que le obligue á encerrarse en el claustro. El hombre así llamado, ¿qué hará? Meterse en su casa, como en vísperas de un suicidio, quemar en su chimenea todo lo que le hable de la vida anterior, recuerdos y cartas, algunas de las cuales exhalarán al arder penetrantes perfumes. Al día siguiente se irá al convento.

«¿Quién le habrá inflamado en Fé divina? ¿Por ventura la palabra razonadora de un Padre de la Iglesia, aunque sea el más sublime? No. La fé en adelante inextinguible, la habrá encendido el fuego de algún rayo caído sobre su corazón.

«Creo ciertamente en el poderío del razonamiento, pero no basta, y harto lo sabían los antiguos grandes oradores sagrados. El orador de hoy día hacía mal en desdeñar lo que Bourdaloue—un gran lógico—llamaba las dos fuentes de la fuerza oratoria: el terror y las lágrimas. Haría mal en creer que esas dos fuentes son hoy ya inútiles, como los dos senos de una virgen que se consagra al Señor.

«Desde el púlpito no se debe discutir como desde la silla de un profesor de filosofía. En el púlpito el hombre está de pie, y en la cátedra está sentado. Digo esto sin reparo, porque hablo de un orador que ha tenido y tendrá la mayor fuerza conmovedora cuando ha querido y cuando quiera. Su magnífico talento oratorio produce hoy—guardando el respeto debido á las distancias—un efecto parecido al Moisés de Miguel Angel, sentado en la iglesia de San Pedro Advíncula. Al verle se dice: «¡Qué gran de sería—si se levantara!»

No necesito decir que ese trozo, donde hay algún arranque elocuente, no puede admitirse todo sin reservas. Y para no hacer más que una, advertiré que, juzgando al Padre Didon desde el punto de vista único que él pide á sus críticos, como orador sim-

plemente, dista mucho de alcanzar la talla que Ignotus le atribuye.

El Padre Didon, como orador, tiene un vicio que á mis ojos basta para matar toda elocuencia, el de ser teatral en grado tan inaudito que hasta en sus retratos, aún en los de busto solo (París está plagado de ellos), bien puede asegurarse que dá un chasco al más lince, y que los extranjeros, que le ven en los escaparates entre la Maude Brauscombe, de religiosa, y cualquier tenor de la *Favorita* de fraile, ni por un momento dudan de que aquella cabeza y aquella expresión son de un cantante.

Verdad es que ese defecto es cualidad excelente y hasta indispensable á los ojos del público francés. El francés, tipo, siempre está en las tablas, siempre recita un papel, y cuando uno de ellos es natural, sus paisanos considéranle más bajo que el nivel común.

Les sucede lo que á los antiguos habitantes de las Landas, todos escrofulosos que cuando veían un guapo chico, sin sus bultos y sus costurones, exclamaban con la mayor ingenuidad del mundo: «buen mozo, buen mozo, pero ¡qué lástima que le falten paperas!»

P. M. MELGAR.

París, Diciembre de 1879.

NO ES NUEVO EL DARWINISMO.

Gran falta hacia á las revueltas sociedades de nuestro tiempo, que surgiera al fin alguna escuela con soluciones consoladoras para los terribles problemas que remueven las generaciones contemporáneas. Y puesto que hasta ahora filósofos y políticos, en vez de arreglar tanto desconcierto, se han dado maña para revolverlo más, justo era que los naturalistas se encargaran de la tarea que tan mal han sabido desempeñar los doctores y hombres de acción en las ciencias morales y políticas. Sin duda á esta necesidad social se debe la aparición de una nueva secta de sabios, que concretándose al estudio de monos y protoplasmas, disecando hormigas y elefantes, inventando animales fantásticos, abismándose, en fin, en la contemplación de la naturaleza, ha sabido adquirir gran experiencia en materia teológica, y ser semillero de moralistas notables y profundos políticos. Son los hombres de esta secta ingenios y sabios de todo punto excepcionales; si alguien se resiste reconocerlos como los monstruos del siglo XIX, nadie por lo menos negará que constituyen una de las mayores curiosidades de nuestro tiempo. Tan estafalarios como ellos son los descubrimientos singulares con que enriquecen la ciencia, estudian la naturaleza con la imaginación fogosa y la fantasía creadora del artista, y las ideas confusas del filósofo moderno. No les falta talento; entre ellos se cuentan quizás verdaderos genios, pero hasta ahora no se les ha notado ni medio adarme de sentido común. Por el género de estudios que cultivan, su misión sería la de observar el mundo real, pero al hacerlo se distraen de tal manera, que sin darse cuenta apenas de lo que ocurre por nuestro planeta, se quedan estáticos ante los mundos imaginarios. En sus arsenales y laboratorios científicos tienen en estudio todas las piezas de este nuevo cosmos inventado por ellos; de sentir es sin embargo que esta sea la hora en que todavía no hayan podido ajustarlas á pesar de trabajar día y noche como titanes para arreglar la materia prima. Miran con el más soberbio desde los trabajos de sus predecesores, y si alguna vez los mencionan no es sino para manifestarles desprecio. Nada les ilusiona tanto como inventar ó decir cosas inauditas; para conseguirlo no les importa sentar fama de excéntricos y hasta de desalmados; mirarian como desgracia mucho mayor el no distinguirse entre los demás sabios. Buscando soluciones para los graves problemas de nuestro origen y de nuestros destinos que á todos nos atormentan en este mundo, se deshacen ellos con asombroso desenfado de las dificultades más áridas, y descubren en cambio montañas y tropiezos insolubles en los asuntos más baladíes, y cuando para salir de apuro les bastaría acudir al buen juicio del carbonero, prefieren hacerse agua los sesos cavilando disparates sin precedente. Han inventado las fórmulas más extrañas para explicarnos la creación y la genealogía del hombre y la suerte futura que se pre-

para para nuestra descendencia. De estas fórmulas resulta unas veces que no hay Dios, otras que Dios se está haciendo, y siempre que ellos son los dioses. Naturalezas sofisticas, entendimientos perversos, caracteres maniáticos se han propuesto dar paz y bienestar al orbe, exponiéndole hipótesis de historia natural. A esta secta debemos el descubrimiento de que para adquirir alguna experiencia en las cosas humanas, y hallar la solución de todos los problemas filosóficos, morales y políticos, es ocioso el estudio del hombre moral, inútil la observación de lo que pasa en las sociedades humanas, y si por el contrario de gran provecho manejar lemures, antropoides, protozoos, protofitos y protistas.

Casi ha corrido ya una década desde que la *Revista de ambos mundos* anunció á los humanos que «un génio de primer orden, únicamente comparable con Newton ó Galileo, el Mesías de las ciencias naturales,» Darwin, en una palabra, estudiando el drama gigantesco de la vida y de la muerte desde el principio de las edades, paseando la investigación científica desde la cumbre del Himalaya hasta lo más profundo de los mares, había descubierto el gran secreto en las entrañas de la naturaleza, y á nombre de la ciencia lo presentaba á los legisladores para que en él inspirasen sus códigos. Moral, derecho, religion, matrimonio, familia, propiedad, vida social, organización política, todo debe edificarse con arreglo á este principio supremo. Cuando la legislación se haga científica, es decir, darwinista, como es de esperar que lo sea algún día; cuando se comprendan mejor los principios biológicos de la reproducción y del hereditarismo, no veremos ya á legisladores ignorantes rechazar con desprecio el sistema que ha de producir de un modo seguro nuestro mejoramiento y bienestar, y que consiste no más que en unir con prevision científica los dos reinos de la pareja humana. El perfeccionamiento evolutivo de la humanidad estará entonces asegurado para siempre. El procedimiento como se ve, no puede ser más sencillo; en su misma admirable sencillez se descubre la mano de la sabia naturaleza.

Desde que Darwin hizo su insigne revelación, la secta no ha cesado de conquistar numerosos prosélitos; ha invadido todas las ciencias, produciendo profundas innovaciones en los diferentes ramos del saber. Ya es cosa plenamente averiguada que los planetas están vivos, y tienen como cualquiera otra persona su tiempo de nacer y de morir, su tiempo de reír y llorar, de ganar y perder, sus momentos de disgustos y desazones, sus arrebatos de amor, odio y celo. No es científico, y si gran bodoque, quien no tenga ahora la certeza de que todos los seres y organismos no son sino la evolución de unas cuantas vejigüelas primitivas, quizás de una sola; y que el hombre, representación del mundo en pequeño, *microcosmos*, síntesis de las etapas evolutivas recorridas hasta aquí, solo debe apreciarse como una conglutinación de celdillas en las cuales la materia perfeccionada adquiere conciencia de sí.

Para conocer el mundo moral se estudian, pues, los fenómenos de la naturaleza; y la religion, la política, todas las ciencias sociales se convierten en una teoría de biología. Con las sensaciones y los instintos de la naturaleza animal se explican la moral, el derecho y las instituciones fundamentales por que se rige toda sociedad. Con la doctrina de la evolución y de la selección sexual, se descubren cuáles han de ser los más altos destinos de nuestra especie, y andan en boga libros como el que lleva por título: *Origen de las naciones ó leyes del desarrollo científico de los pueblos según la ley de la selección*; otros como *La introducción á la ciencia social*, de H. Spencer, en que se diserta largamente sobre *la preparación á la ciencia social por la biología y por la fisiología*. Por fin, un filósofo sin igual entre los nacidos, el sabio Hæckel, anuncia á los afortunados mortales, que «han concluido los tiempos de la fé ciega y de los oscuros misterios y revelaciones mitológicas formuladas por castas sacerdotales. Nuestra época habrá tenido la gloria de fundar científicamente el más brillante resultado de la sabiduría humana. La doctrina genealógica será glorificada por los siglos venideros como una era nueva y fecunda en el progreso humano; era caracterizada por el triunfo de la libre investigación alcanzado sobre la investigación autoritaria por la noble y poderosa influencia de la filosofía monística.» (*Historia de la creación natural*, último párrafo.)

Cabe, sin embargo, dudar de si todos estos descubrimientos son en realidad novísimos. Por más que á muchos choque nuestro parecer, creemos que de antiguo son conocidos en el mundo los principios de la filosofía monística, y que no valia en verdad la pena de anunciar con tanto aparato su descubrimiento como novísimo, ni es prueba tampoco de profundo saber el proclamar al siglo XIX como su descubridor. No sólo fuera fácil demostrar que en los libros y poemas del panteísmo oriental, y en algunas escuelas del paganismo helénico, se hallan desenvueltos con tanta sabiduría y entusiasmo como en las obras de Hæckel, sino que tampoco me haria disonancia que los assiriólogos halláran algun libro darwinista en la biblioteca cuneiforme de Asurbanipal; y es seguro que si los prehistóricos no anduvieran tan atrasados, ya para estas fechas por algun hoyo de la tierra en terreno terciario, se habria descubierto cualquier utensilio de piedra con inscripciones ó jeroglíficos, acreditando que el hombre primitivo estuvo ducho en teorías evolutivas y muy empapado en filosofía monística.

JOAQUIN S. DE TOCA.

(Se continuará.)

EGLOGA

EN LOOR

DE MARIA SANTISIMA Y DEL NIÑO JESUS.

DELIO Y LAURO.

LAURO.

A tí por siempre, celestial María,
A tí mi voz y mi instrumento cante,
Esforzando su rústica armonía.

DELIO.

¿A quién invocaré que me levante
De la bajeza del estilo mio
En alabanza del divino Infante?

LAURO.

¿Será parte Talía ó la alma Clio
Para cantar de tí? Mas son humanas,
Y del favor humano me desvío.

DELIO.

No quiero yo invocar musas profanas,
Sino á tu Madre, que es divina musa,
Tesoro de las gracias soberanas.

LAURO.

Tu luz, divino Infante, no se excusa,
Pues canto de la Virgen, que te encierra,
En quien toda la gracia está difusa.

DELIO.

Ya te espera, Señor, la humilde tierra,
Dichoso el día, que del seno santo
Salgas á ser la paz de nuestra guerra.

LAURO.

¿Virgen, qué te dirá mi humilde canto,
Dirá que eres oliva, huerto y fuente,
Del cielo gloria y del infierno espanto.

DELIO.

Niño, que ahora luz indeficiente
Estás en los cristales de María,
A la fé de las almas transparente.

LAURO.

Virgen, más clara que la luz del día
Puerta del cielo, celestial aurora,
De los mortales campos alegría.

DELIO.

Niño, que imaginado me enamora,
Cifrado en la virgínea esfera breve,
Que te merece y te sustenta agora.

LAURO.

Virgen más pura que la blanca nieve,
Que de la boca procedió del austro,
Cuando en los montes la condensa y llueve.

DELIO.

Niño, que en ese intacto y virgen claustro
Te coronan más luces que á la estrella,
Que va delante del luciente plastro.

LAURO.

Virgen, más que la luna casta y bella,

Palma sobre los montes idumeos,
Que el sol corona y que se viste de ella.

DELIO.

Niño David, que á tantos filisteos
Has de cortar el cuello con su espada
Y consagrar al templo sus trofeos.

LAURO.

Perdona si mi lira mal templada,

DELIO.

Infante robador de corazones,
Allá te llevas donde estás, el mio,
Mira, mi dulce bien, donde le pones.

LAURO.

Mis suspiros y lágrimas te envío,
Pastora de la fértil Palestina,
Cándida piel del celestial rocío.



LA ADORACION DEL NIÑO JESUS EN EL PORTAL DE BETHLEEM.

Oh Virgen! no celebra tu hermosura,
De los divinos coros celebrada.

DELIO.

Perdona, Niño, tú por la blandura
Y divina humildad con que has cifrado
Tu sol en esa luna blanca y pura.

LAURO.

Oh Virgen! como estoy enamorado,
No es mucho que me falten las razones,
Que es propio á un grande amor hablar turbado.

DELIO.

¡Oh quién cuando pasaba peregrina
Por este prado al monte de Judea,
Viera á tu Madre celestial, divinal!

LAURO.

¡Purpúrea Virgen, donde Dios emplea
Su saber y poder, quién tan dichoso
Te viera al paso de su pobre aldea!

DELIO.

Lauro, no dudes que de aquel frondoso

Laurel las ramas, y las verdes bacas
Sembrará por el suelo venturoso.

LAURO.

Estais agora, cordilleras, flacas,
No hay yerba, que los aires del invierno
Arranca á los rediles las estacas.

DELIO.

Yo le buscaré un corderillo tierno,

LAURO.

Un queso tengo yo que en mi tinaja
Aceite incorruptible le conserva,
Que en su humedad la sequedad ataja.

DELIO.

Puesta en las flechas ponzoñosa yerba
Saliera al monte yo, que no muy lejos
Tiene su albergue una pintada cierva.

Celosía del sol, hermosa Niña,
Que mucho que á otro cielo se trasmona.

DELIO.

Rosa de Jericó, de Engadi viña,
Derrama ya ese bálsamo precioso,
Que de olor celestial los prados ciña.

LAURO.

Dáños, ¡oh palma! ese racimo hermoso,
Dáños ¡oh fuente! ese cristal divino,
Dáños, abeja, ese panal sabroso.

DELIO.

¿Que la llena de gracia, Lauro, vino
Por nuestro valle? ¿Que aquí estuvo el cielo
Y que no le salimos al camino?

LAURO.

¿Cómo daría plácido consuelo
A su prima Isabel y á sus pastores
La que al Dios del altura trujo al suelo?

DELIO.

¡Ay, Lauro, qué dulcísimos amores
Debieron de decirle á dulces coros,
Dando á sus plantas lágrimas y flores!

LAURO.

Que la comarca tenga dos tesoros
Como María y este Niño santo;
¿Y no se rompan sus terrestres poros?

DELIO.

Produzca el lirio, el nardo y el acanto
En vez de coluquintidas el suelo,
Que mereció, pastores, favor tanto.

LAURO.

Discurra el tiempo al revolver del cielo,
Traiga los siglos que no habrá ninguno
De tanta dicha ni mayor consuelo,
Aunque entre todos ellos formen uno.

LOPE DE VEGA.

LOS GRABADOS.

Puerta del convento de Bonaval, pág. 189.

En una excursión por la sierra de Tamajon y Atienza pudimos observar los estimables restos arquitectónicos que subsisten en las iglesias de sus pobres aldeas, é hicimos copiar algunos para darlos á conocer á nuestros lectores. Sirva como de primera muestra de estos monumentos inéditos, la portada de Bonaval, monasterio que fué de benedictinos, situado en el término de Retienda, á dos leguas de Tamajon, provincia de Guadalajara.

Esta portada puede servir de punto de comparacion para estimar la de Salamanca, que publicamos en el número anterior, pues representa el estilo ojival en el primer periodo de su brillante carrera, cuando parco de ornatos y severo como las reglas monásticas de su tiempo, abría el gran periodo de las construcciones cristianas.

Aunque no hemos podido recabar dato ninguno sobre el monasterio, que debió ser abandonado hace más de un siglo, la puerta, por su fisonomía, recuerda fielmente las obras góticas del siglo XIII, y deja comprender que cuando se erigió, era Bonaval sitio favorecido por la piedad de fieles y de monjes. Hoy es una casa de labor, y gracias al celo de su dueño, se conservan los preciosos restos monumentales que han llegado hasta nosotros. A más de esta puerta hay algunos agimices del mismo tiempo, y gruesos muros de la primitiva fábrica.

LA ILUSTRACION CATOLICA se complace en guardar este monumento desconocido, en la coleccion de sus láminas, para que pueda servir de estudio á los futuros historiadores de nuestras bellas artes.

La Adoracion del Niño Jesús en el Portal de Belen, págs. 192 y 193.

Hace tiempo que habíamos encargado á nuestro corresponsal artístico en París, un cuadro de la moderna escuela alemana (que tiene por fundador al gran Overbeek), para darla á conocer en nuestro

ESCUELA MODERNA DEL ARTE CRISTIANO.

Que aún retozar no sabe á quien le cria,
Para la Madre del Cordero eterno.

LAURO.

Yo blanca leche de una oveja mía,
Que en la yerba olorosa la cosiera,
Que por buena se llama de María.

DELIO.

Yo conservados nísperos trujera
En paja y heno que en el heno y paja
El mundo el fruto de su vientre espera.

LAURO.

No faltarán los tímidos conejos
O algunos tordos, mirlos y zorzales,
Que vuelan por las hayas y los tejos.

DELIO.

¡Oh que trujera yo de los zarzales,
Que cercan esta fuente y de aquel monte
Madroños, como cuentas de corales!

LAURO.

No mereció tu luz nuestro horizonte,

país, donde el arte cristiano debiera mostrarse más próspero y fecundo que en el resto de Europa.

Pocos días há que llegó á nuestras manos el que hoy ofrecemos á nuestros lectores, obra singularmente notable, que estamos seguros ha de producir verdadero entusiasmo entre las personas competentes en el arte pictórico.

Nuestro corresponsal no nos dice—por olvido—el nombre del autor; pero no es necesario, porque siendo cuadro moderno, más que por el nombre propio del artista, interesa y debe ser estudiado por el carácter general de la escuela que representa.

La composición es magnífica, y bien deja comprender que el autor ha puesto á contribucion para ella, desde las tablas de los trecentistas, modelos de dulzura angélica, hasta los descubrimientos arqueológicos de Oriente, que se reflejan en la fisonomía de los monumentos de Jerusalem que aparecen en el cuadro.

En cuanto al dibujo no hay nada que decir, estando hecho el grabado con las simples líneas del contorno, donde se muestra la seguridad, fijeza y precision del dibujante. Estudiando estas admirables figuras, no es difícil recordar las cualidades más sobresalientes de los antiguos maestros; lo cual prueba que la escuela del arte cristiano alemán, creada por Overbeek, nada bello rechaza y todo lo armoniza en el pensamiento grandioso de sus obras verdaderamente católicas.

Si, como esperamos, el cuadro hace fortuna en España, no será el último que publiquemos de este género. Ya que LA ILUSTRACION CATOLICA, por la desventura de los tiempos, no pueda competir con las indiferentes ó impías en las proporciones y abundancia de grabados y de texto, que se distinga por su intencion artística y por la pureza inmaculada de todos sus trabajos.

X.

EL HOGAR CRISTIANO.

(Recuerdos.)

Y cuando un peligro amagaba, ó una enfermedad dolorosa afligía á la familia, entonces se apelaba á la Santa Virgen. Entonces oíanse las exclamaciones conmovedoras que invocaban el auxilio del cielo.

II.

El sacerdote no era un sér extraño para la familia.

Habia la costumbre de invitarlo frecuentemente en todas las fiestas; llegaba sin ser llamado cuando tenia la conviccion de que el dolor reinaba en el hogar.

Era el amigo, el consejero, el confidente, el protector de todos.

Nadie se ausentaba de la casa sin pedirle su bendiccion; la primera visita, al retorno, era dedicada al virtuoso director espiritual.

Su voz era escuchada como la emanacion de Dios; él era quien intervenia para la reconciliacion de las familias y para alcanzar el perdon del hijo culpable.

Su presencia restablecia el contento perdido; en torno suyo los corazones latian tranquilos; era la felicidad que derramaba sus dones infinitos.

¡Oh, si llegásemos á comprender cuánto hemos perdido con la ausencia de un ministro de Dios para el consuelo de la vida doméstica!

III.

Las familias ricas ó pobres tenían un pequeño oratorio;—algunas veces veíanse dos ó tres imágenes sagradas en las habitaciones destinadas al reposo.

Allí estaban los signos del cristianismo: el *Crucifijo*; la *imagen de la Santísima Virgen* y de los *Santos Patronos*; el *Niño Jesús*; el *relicario*; la *pila del agua bendita*; los *recuerdos de la primera Comunión*, en abundancia, porque todos habían sido conservados; las *palmas del día de Ramos* y los *ciños benditos*.

Allí era, delante de aquel pequeño altar doméstico, donde todas las noches se rogaba á Dios.

Allí, los domingos y días de fiesta, se leía una

página de los Santos Evangelios ó de la vida de un santo.

El *Evangelio*, el *Catecismo*, la *Vidas de los santos*, eran piadosamente conservados como un precioso y antiguo recuerdo de familia.

Cuando los hijos debían confesarse, preparábanse para este acto, bajo la vigilancia de la madre, antes de ir á la iglesia.

Allí la madre conducía alguna vez á su hijo pequeño para enseñarle los rezos y explicarle los misterios de la Fé.

Allí, á la vista de los protectores de la familia, se despedían el hijo ó la hija antes de alejarse del hogar.

Nosotros hemos conocido una familia, que todas las noches, después de haber orado la madre rodeada de sus hijos y de sus criados, añadian un *Padre Nuestro* y una *Salve*, con objeto de perdonarse mutuamente las ofensas y penas que habían podido ocasionarse.

Y antes de separarse, después de haber comunicado las órdenes convenientes para el día siguiente, algunas palabras de afección, de simpatía y esperanza serenaban los corazones, que tal vez habíanse nublado durante el día, ó que habían sido dominados por la envidia.

¡Cuánta piedad y cuánto amor resplandecían en el seno de aquella familia!

IV.

De la cantidad destinada para los gastos, separábase todos los días la *parte que pertenecía á los pobres*.

Aquello no era una *gracia* concedida, era una *deuda* que debía satisfacerse á Nuestro Señor Jesucristo.

Esta parte era *sagrada*; hecha la separacion en cada ingreso de fondos, nadie se hubiera atrevido á tocarla.

Aquella parte casi siempre constaba de una buena cantidad, y en algunos casos había familias que adoptaban un niño pobre á quien vestían con esmero y enseñaban un oficio, en reemplazo del hijo legítimo que Dios había llamado á su seno.

Otros alimentaban todos los días á un enfermo, creyendo que habían hallado un perpétuo intercesor ante la presencia de Dios.

Y cuando el enfermo moría, rogaban á su director espiritual que les designase otro desgraciado á quien prodigar su caridad.

Nunca los pobres, especialmente en las aldeas, se iban desconsolados y sin un pedazo de pan, y siempre el más pequeño de los hijos distribuía la limosna con abnegacion y respeto. Entonces el pobre que demandaba un socorro *por el amor de Dios*, se arrojaba sobre el suelo, recitaba un *De profundis* para los muertos de la familia, y siempre daba las gracias con las palabras significativas de *Dios os lo pague y os conceda sus beneficios*.

¡Cuántas veces hemos visto que las madres pedían para sus hijos la bendiccion de un anciano, que lleno de emocion, colocaba sus manos trémulas sobre la frente del pequeñuelo, elevando una plegaria al Dios de los cristianos!

V.

El domingo era un día *sagrado*; era el día de *Dios*, tan inviolable como la *fortuna* de un vecino, á la cual no podía tocarse sin cometer un crimen.

El *trabajo que se hace los domingos, no enriquece*.—El *dinero robado atrae la desgracia*.—repetía gravemente el padre cuando advertía que se relajaba la observancia de este día santificado.

El domingo era indispensable que todo en el hogar se ostentase con gala. *Este es el día que Dios ha escogido para examinar si todos están contentos*. Desde el sábado por la noche, colocábanse los objetos en orden; brillaban los utensilios de la casa, había mayor limpieza, cambiábase la ropa, de modo que al primer albor del domingo, todo revelaba el buen método, acompañado del aseo.

**

Llegada la hora de la misa, el padre y la madre con sus vestidos de los días festivos, iban á la iglesia parroquial acompañados de su familia, y allí ocupaban siempre un lugar determinado. ¡Bello espectáculo el que ofrecían aquellas buenas gentes al entrar en el santuario! El padre daba el agua bendita

á la madre, y la madre á sus hijos. ¡Qué respeto y devocion durante el Oficio Divino!

Después regresaban al hogar para dedicarse á la lectura del *Catecismo*,—luego salían en piadosa peregrinacion al cementerio para orar sobre una tumba amada, y dedicaban el resto del día á otras prácticas piadosas y á lícitas y honestas recreaciones.

**

El domingo era también el *día de la amistad*. Visitábanse las familias, y allí, en medio de un modesto festín, los niños aprendían á amarse, las madres adquirían mayor experiencia para el cumplimiento de sus deberes, y si rara vez existía alguna ojeriza entre vecinos, entonces no faltaba un solícito y antiguo amigo que servía de mediador para el restablecimiento de la paz comun.

VI.

Cuando llegaban las grandes fiestas, la *fiesta de la Pascua* especialmente, toda la familia comulgaba. Después se reunían en torno de una mesa para celebrar ese gran día.

¡Piadosa fraternidad que unía con vínculos estrechos el amor que debe existir entre los amos y los criados!

**

Los aniversarios eran siempre célebres, y el hijo que había llegado á la edad en que se adquiere el conocimiento del deber, no tenía necesidad de que nadie le recordase cuándo era el día del cumpleaños de sus padres, ni el aniversario de su nacimiento ó el de sus hermanos.

VII.

La hospitalidad se practicaba en toda la extension que abarca el pensamiento cristiano, y la madre recordaba continuamente á sus hijos estas palabras: *Cuando recibamos á un extraño, ¿quién sabe si es un ángel que viene á visitarnos?*

Y cuando se trataba de recibir á un *amigo*, á un viejo amigo de la casa, ¡cuánta alegría reinaba entre aquellas buenas gentes! Entonces disponían la mejor habitacion y la cama más mullida. Cuando llegaba el amigo *amado* ¡qué de solícitos cuidados se le prodigaban!

Y todo el tiempo que ocupaba la casa ¡qué delicadeza! ¡qué expansion franca y leal! En los momentos de partir ¡cuánto sentimiento! ¡qué lágrimas sinceras acompañadas de estas consoladoras palabras: *Adios, hasta que nos volvamos á ver!*

VIII.

Cuando llegaba una enfermedad ó la muerte, se revelaba en todo su esplendor la fortaleza cristiana.

Luego que el médico ó el sacerdote acudían, el enfermo sabía á quién hablaba, y no había necesidad de buscar subterfugios para hablarle de la muerte ó del cielo, porque en lugar de decirle *vais á morir*, le indicaban *que iba á marchar al cielo*. Y sin temor alguno, colocaban delante del enfermo el *Crucifijo* y la *imagen de la Virgen Santísima*, y casi siempre el doliente era el primero en pedir tan divinos consuelos.

El *Santo Viático* se administraba al enfermo desde los primeros días de su enfermedad, si era grave, y en presencia del Dios de las misericordias, el moribundo extendía sus manos desfallecidas para bendecir á sus hijos. ¡Cuánta virtud había en aquella última bendiccion de un padre ó de una madre!

La familia asistía á los últimos momentos del que iba al cielo, y si existía algun consuelo entre los hijos, era el beso de paz que recibían en aquel lecho de muerte.

**

Después, ningún extraño vestía al muerto; los hijos cerraban los ojos á su padre, y lo amortajaban cuidadosamente, y en las plegarias de cada noche dedicaban un recuerdo á los *muertos queridos*.

Terminados los Oficios celebrados en la iglesia parroquial, los pobres acudían á la casa del difunto y recibían abundantes limosnas.

IX.

Terminaremos estos *recuerdos piadosos* con la página siguiente, copiada de las *Memorias de una Madre de familia*.

«Éramos pobres, muy pobres; no contábamos más que con nuestro trabajo asiduo y nuestra eco-

nomía extrema, para procurarnos los recursos más indispensables.

»Y, sin embargo, mi padre no estaba nunca triste.

»Nos hallamos sin recursos, decía alguna vez.

»¡Qué bien dormiré esta noche! No hay nada comparable á la bondad de Dios. Creo que cuando no tenemos nada, absolutamente nada, es cuando puedo descansar mejor.

»Raras veces la Providencia dejaba de acudir en nuestro auxilio; no sabíamos la causa, pero siempre los recursos llegaban á tiempo.

»Excuso los detalles y prefiero que mis lectores los comprendan por experiencia propia, que sigan este ejemplo y verán cómo la Providencia socorre á los que confían en sus altos designios.

»¿Y sabéis á qué atribuía mi padre estas atenciones divinas, siempre renovadas con prodigalidad? A dos costumbres á las que solía llamar hábitos de familia, y á las que él tenía respetuoso afecto.

»La primera consistía en hacer las oraciones en comun.

»Yo creo en la verdad eterna—decía,—donde hay muchos que ruegan en nombre de Jesucristo, Nuestro Señor se halla entre ellos, y ciertamente no tiene las manos vacías. Ese Dios inmenso siempre tiene algo para el necesitado.

»Así, por la mañana y por la noche, debíamos reunirnos todos para rezar en alta voz.

»Yo soy el jefe, repetía—soy el padre,—y me corresponde pedir al *Gran Padre de familia*, que asista á las necesidades de la mía.

»Su entonación era grave cuando recitaba esta preciosa plegaria: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.*

»Verdaderamente, según mis convicciones, á esta invocación sublime de nuestro buen padre, debemos la maravillosa atención de la Providencia para proveer á nuestras necesidades.

»La segunda costumbre que mi padre había establecido entre la familia, consistía en no dejar pasar un día sin que uno de sus individuos, por lo menos, asistiese á la santa Misa é hiciese una visita al Santísimo Sacramento.

—Es lo menos, decía, que podemos hacer para demostrar nuestra amorosa gratitud á quien tantos beneficios nos prodiga.

»No tengo necesidad de añadir que él mismo desempeñaba este deber continuamente.

»Nunca olvidaré lo que voy á referir:

»Era una noche del mes de Agosto: el tiempo había sido extremadamente caluroso, y una tempestad iba á estallar al declinar el día. Los truenos y una lluvia torrencial pusieron en tumulto á la naturaleza. Fué la tempestad más horrible que he visto en mi vida. Mi padre se acordó entonces que no había pagado su habitual tributo; su visita al Santísimo Sacramento. Levantóse súbitamente, y á pesar de las observaciones que todos le hacíamos, á pesar de los truenos, el viento, la lluvia, y de la distancia que tenía que recorrer para llegar á la iglesia, quiso absolutamente hacer su visita acostumbrada, la cual se prolongó notablemente.

»Ahora—dijo entrando en el hogar y calado hasta los huesos,—ya dormiré tranquilo; no puedo descansar cuando tengo alguna deuda y hay aún monedas en mi bolsillo.»

Completaremos estos piadosos Recuerdos del Hogar, transcribiendo los Avisos de San Luis á su hijo.

»Hijo mío; la primera cosa que os recomiendo es amar á Dios con todo vuestro corazón y sobre todas las cosas, pues ningún hombre puede salvarse sin este requisito, y poned mucho cuidado en no hacer nada que pudiera ofenderle, es decir, en cometer algún pecado, pues debéis desear antes el sufrimiento de toda clase de tormentos que pecar mortalmente.

»Si Dios os envía alguna adversidad, recibidla de buen grado, dadle gracias y pensad que la habeis merecido desobedeciendo á Dios, y que ella viene para vuestro bien. Si os concede prosperidades, rendidle profundas acciones de gratitud, y guardaos de no ser más culpable por el orgullo ú otro motivo peor; porque no es posible servirse de los dones que Dios nos ha concedido para hacerle la guerra.

»Procurad confesaros frecuentemente, y elegid un confesor hábil, de una virtud notoria, y que pueda inculcaros máximas saludables, enseñándoos

las cosas que debéis hacer ó evitar para la salud de vuestra alma.

»Es preciso que seáis de tal manera, que vuestros confesores, vuestros parientes y vuestros amigos, tengan la facultad de reconveniros por el mal que hayais hecho, y de advertiros lo que debais hacer. Dedicad con devoción al servicio de Dios y al de la Santa Iglesia, nuestra madre; rogad con todo corazón y con los labios, principalmente en la Misa después de la consagración del cuerpo de Nuestro Señor, sin hablar con nadie, sea quien fuere.

»Tened el corazón dulce y compasivo; consolad á los pobres y ayudadlos según lo permitan vuestras fuerzas. Si teneis penas ó algún resentimiento en vuestro corazón, descubridlo inmediatamente á vuestro confesor ó á alguna persona discreta y piadosa, cuyas palabras edificantes puedan instruiros; él os sostendrá, y el consuelo que os dé os ayudará á llevar el mal que os aflija.

»Tened cuidado de tratar con gentes discretas y virtuosas, de probidad y de honor. Huid de la compañía de los malvados; esforzaos en escuchar la palabra de Dios y retenedla en vuestro corazón.

»No perdáis la ocasión de asistir á las rogativas, á las devociones públicas y de ganar indulgencias.

»Amad vuestro honor; no permitáis que persona alguna tenga el atrevimiento de pronunciar en vuestra presencia, palabras que conduzcan al pecado; no sufráis que persona alguna ataque la reputación de aquellos que estén presentes ó ausentes; no consintáis que nadie hable contra el respeto debido á Dios, á la digna Madre de Dios y á los santos.

»Dad gracias continuamente á Dios de los bienes y de los beneficios que os conceda; haced buena justicia á todo el mundo, tanto al pobre como al rico; procurad ser áfable, equitativo y generoso con vuestros servidores.

»Hablad poco y no tengais familiaridades con ellos; en fin, que os teman y os amen como amo y señor.

»Si se incoase algún proceso ó hubiese alguna disputa, informaos exactamente de la verdad, tanto en contra vuestra como en beneficio propio.

»Si estando advertido reconocéis que está en vuestro poder alguna cosa que pertenece á otro, ó por defecto de vuestros antecesores, hacedla restituir inmediatamente.

»Mantened el honor y respeto de vuestro padre y de vuestra madre, y cuidad de no ofenderlos desobedeciendo sus mandatos.

»Haced un gasto razonable y moderado en vuestra casa, evitando todo exceso.

»Hijo mío, os suplico que os acordeis de mí y de mi pobre alma, aplicándome misas, oraciones, sermones y buenas obras, concediéndome una parte en todas vuestras acciones. Yo os doy todas las bendiciones que un padre puede conceder á su hijo, y ruego á la Santísima Trinidad, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que os guarde de todo mal, y principalmente que os preserve de morir en pecado mortal, á fin de que podamos después de esta vida, estar reunidos en la presencia de Dios y rendirle culto y homenaje sin fin, en su reino del paraíso. Amen.»

E. A.

REVISTA CIENTIFICA, INDUSTRIAL Y ECONÓMICA.

ESTADÍSTICA.—En Pisa ha tenido lugar un Congreso médico para tratar del suicidio; de la discusión han surgido observaciones estadísticas muy interesantes.

El número de suicidios en los diferentes Estados de Europa, varía de 13 á 300 por cada millón de habitantes. Los casos más frecuentes se han observado en la raza germánica, después en la escandinava, la céltica, la eslava, y por último la raza latina.

Los países afectos á ciertas enfermedades especiales á la localidad, dan considerable proporción á dichas enfermedades, siendo consideradas como poderosa causa de los suicidios; así en Italia, la Emilia y la Lombardía, muy castigadas por la *pellagra*, presentan la mayor proporción observada en esa Península; representa un término medio de 61,7 por cada millón de habitantes, mientras que la Calabria

no dá más que 8 suicidios para la misma proporción.

En Italia las mujeres entran por una cuarta parte en el número de los casos, y la curva de los cuadros gráficos sube siempre hasta ochenta años; lo que viene en apoyo de la opinión, de que el suicidio, lejos de tener su causa en una gran fuerza de voluntad, no es la mayor parte de las veces, sino el resultado de la decadencia de las facultades mentales.

Si la *pellagra* impulsa á muchos infelices hacia la muerte, en Italia los suicidios por el alcoholismo, que son tan frecuentes en otros países, están casi desconocidos.

Durante el curso de la discusión, uno de los miembros del Congreso, el Dr. Pini, ha emitido la idea que uno de los auxiliares más fatales para la propagación del suicidio era la prensa, y ha hablado de los vanos esfuerzos hechos por él y gran número de sus compañeros con el fin de conseguir el silencio de los periódicos sobre los casos señalados. Esta opinión, habiendo sido admitida por la mayor parte de los miembros del Congreso, ha propuesto una orden del día en la forma siguiente, y que ha sido aprobada:

«Atendido que la prensa, á pesar de prestar eminentes servicios al progreso material y moral de las naciones, contribuye al propio tiempo á aumentar el número de las muertes voluntarias relatando los casos con detalles que frecuentemente conducen al suicidio por contagio moral á los espíritus ya predispuestos: la sección de higiene del Congreso de Pisa, emite el voto de que los periódicos, tanto políticos como noticieros y demás de Italia, supriman tan tristes y fatales noticias.»

Aunque el Congreso se proponía tratar la cuestión desde el punto de vista médico, casi todos los oradores han reconocido que la falta de ideas religiosas es un gran predisponente para el suicidio y para la locura.

FARMACIA.—Los periódicos de medicina de París dan cuenta de los trabajos de distinguidos profesores que demuestran que la glicerina, convenientemente preparada, puede con ventaja reemplazar al aceite de hígado de bacalao. Su acción reconstituyente es más enérgica, y los enfermos más delicados la toman y la digieren perfectamente.

El *Siglo médico* y la *Revista de medicina*, de Madrid, han reproducido y confirmado estos resultados.

Tendremos á nuestros lectores al corriente de este asunto que interesa á una clase importante de enfermos.

La glicerina creozotizada de Castilla importada por el Sr. Chavarri (*Atocha*, 89), está recomendada para las enfermedades del pecho, resfriados, catáros, bronquitis y demás dolencias.

CIENCIAS NATURALES.—NATURALEZA DEL VENENO DE LAS SERPIENTES.—Según Mr. Lacerda, el principio activo del veneno de las serpientes se encuentra en unos corpúsculos ó fermentos que se asimilan los elementos de la sangre con una rapidez variable, pero siempre muy considerable, y así determinan su descomposición. Una serpiente joven y vigorosa estando actualmente en el Museo nacional de Río Janeiro, ha sido sometido por el autor á la acción del cloroformo. Mr. Lacerda ha extraído una gota de veneno y la ha examinado con el microscopio. Ha reparado, nadando en el líquido, una especie de materia filamentosas formada por una agregación celular dispuesta en forma arborescente, así como ciertas plantas licopodáceas, tales como por ejemplo, el musgo terrestre. Los filamentos dejan percibir esporos ó gérmenes que afectan la forma lineal. Cuando esos esporos han llegado á cierto tamaño, se observa en su interior un filamento que se acentúa más y más. Este filamento presenta corpúsculos ovoides transparentes, y que cambian la dirección del radio luminoso atravesándolos. Pronto los corpúsculos están libres.

Los esporos del veneno tienen dos métodos diversos de multiplicarse, por escisión y por núcleos interiores.

Los animales muertos á consecuencia de la mordedura de las serpientes, tiene su sangre muy modificada. Los glóbulos encarnados empiezan por presentar pequeños puntos blancos brillantes en la superficie del disco. El glóbulo á veces se destruye del todo y se sustituye por numerosos corpúsculos

ovoides brillantes dotados de movimientos de oscilacion espontáneos. Otras veces los corpúsculos ovoides no se desprenden de la masa globular; allí quedan encerrados, y los glóbulos se fusionan unos con otros, formando una especie de pasta confusa.

Mr. Lacerda cree que el alcohol inyectado por debajo de la epidermis ó por la boca, sería el verdadero antídoto del fermento del cóctalo.

MEDICINA.—LA RÁBIA.—La cuestión del tratamiento y de la curación de la rabia, está siempre en pie, y á pesar de que cada día se están proponiendo nuevos remedios, sin embargo estamos aún reducidos á la operación más aterradora que dolorosa, de la cauterización con el hierro candente.

En estos últimos tiempos se han practicado varios ensayos sobre las causas de la enfermedad, su método de inoculación y los desastres que ocasiona en la economía. Citar los nombres de Monseñores Pasteur y Pablo Bert como sus autores, basta para hacer comprender su importancia.

Los estudios de Mr. Pasteur no están sino en su principio, y tratan del virus que trasmite la rabia, su naturaleza y su modo de propagación. Los profundos estudios que dicho señor está practicando sobre las enfermedades producidas por los virus, hacen esperar importantes resultados.

Al lado de los remedios preconizados para curar la rabia, se presentan los medios hábiles para paralizar su propagación. La rabia se propaga, como es sabido, por la herida que produce la mordedura del animal, en cuya llaga penetra la saliva. Mr. Pablo Bert ha demostrado este hecho con repetidas experiencias.

Extrayendo á perros las glándulas salivales, después inoculándoles la rabia, el sábio fisiólogo ha hecho constar que la enfermedad se había desarrollado, pero que la mordedura era inofensiva. Los perros morderán, pero faltándoles la saliva, no pueden transmitir el virus.

En vista de esto, Mr. Bourrel ha imaginado su

sistema. Ya no se trata de imposibilitar la trasmisión del virus suprimiendo la saliva, sino de hacer las mordeduras inofensivas impidiendo hagan llaga. El sistema de Mr. Bourrel, pues, descansa sobre el principio de que son los incisivos, y sobre todo los caninos, los que producen las llagas ó la herida cuando muere un perro. Si, pues, se despuntasen esos dientes, si se convirtiesen en planos como los de los rumiantes, desaparecería el peligro de las mordeduras, habria presión, pero ya no habria llaga producida por la penetración de la punta de los dientes.

Mr. Bourrel propone, pues, tallar los dientes de los perros jóvenes de modo que se los haga planos, y al efecto ha inventado varios instrumentos muy sencillos.

Esta operación que no perjudica en nada á los perros, es una garantía muy grande para la humanidad.

ERNESTO DE BERGUE, Ingeniero.

ADVERTENCIAS IMPORTANTES.

1.^a Hallándose ya agotados algunos números del tomo III, por efecto no sólo de los pedidos nuevos que llegan, sino también de las reclamaciones que nos hacen, hemos acordado antes de reimprimirlos, que se hará en breve, que no se sirva gratis ninguna reclamación que se haga pasado el mes á que pertenece el número que se pida. Nuestros suscritores, cuando en el transcurso de 15 días les haya faltado un número, deben pedirlo inmediatamente, y lo recibirán gratis; pasado el mes les costará real y medio cada número.

2.^a Se está repartiendo el prospecto del tomo III y rogamos á nuestros suscritores procuren difundirlo entre sus amigos, para que nuestra revista adquiera la publicidad necesaria.

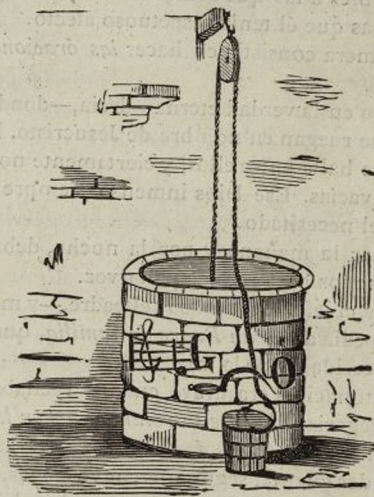
3.^a Rogamos encarecidamente á nuestros suscritores que adeudan cantidades á esta Administración, se sirvan remitirlas lo más pronto posible para cerrar las cuentas de fin de año.

Con la buena fé que es de suponer en nuestros tratos, creemos que los suscritores que no devuelven el número ni dan aviso en contrario, siguen favoreciendo con su concurso á LA ILUSTRACION CATOLICA; sin embargo, tendremos que dar de baja y girar contra los que deban más de seis meses, lo que será muy sensible para esta Administración, que representa una obra católica y nunca una empresa mercantil.

EL ADMINISTRADOR.

Solucion del jeroglífico del número anterior:
Un favor á tiempo, tarde se olvida.

JEROGLÍFICO.



(La solución en el próximo número.)

Madrid, 1879.—Imp. á cargo de D. B. M. Araque.
Santísima Trinidad, 5.

Para los anuncios franceses, los Sres J. Saisset y Bertal. 11, Rue Cadet, 11, París.

SECCION DE ANUNCIOS.

En Madrid: Centro de Publicidad de los Señores Storr y Muñoz, Ballesta, 7, bajo.

LE CONSEILLER DES RENTIERS
PARIS — 1, Rue Maubeuge, 1 — PARIS
LE PLUS INDEPENDANT DES JOURNAUX FINANCIERS
Paraissant tous les Samedis. — **5 FRANCS** par AN (5^e Année)
ACHAT & VENTE de toutes valeurs cotées et non cotées. — Avances sur Titres et Pensions. — Opérations à Terme. — Achat de TOUTES VALEURS DIFFICILES à vendre. — Tout Abonné recevra comme **Prime gratuite** l'**ALBUM-GUIDE** des VALEURS à LOTS, tableaux et dessins, ouvrage indispensable aux porteurs d'obligations à lots françaises.

GLICERINA CREOZOTIZADA
de CATILLON
Recetada con el mejor éxito contra las ENFERMEDADES del PECO, RESFRIADOS, CATARROS, ASMA, BRONQUITIS, LARINGITIS, EXPECTORACIONES ABUNDANTES, etc.
Muy superior al Alquitran, cuyo principio activo es la Creozota. Reemplaza el Aceite de hígado de bacalao con la ventaja de que lo toleran todos los estómagos aún durante los calores.
Paris, rue Fontaine, 1, et rue Chaptal, 2
Depósito: R. J. CHAVARRA, Avda. 61 y 8
en todas las principales Farmacias de España

NUEVO ESTABLECIMIENTO
DE
MOLDURAS ALEMANAS
DE
FÉLIX MARÍA EGUIDAZU,
calle del Prado, número 4.

Variado y elegante surtido en molduras doradas y negras con filete para cuadros, estampas, sacras, etc., á precios sumamente económicos.

HISTORIA DE SANTA MÓNICA,

POR

MONSEÑOR BOUGAUD,

VICARIO GENERAL DE ORLEANS.

Libro precioso para las madres cristianas, con impresión elegante y una fina lámina en acero.

Se vende en Madrid, Librería de Olamendi, Paz, 6, y en las de los señores Aguado, Pontejos, 8, Tejado y Perdiguero. En Barcelona casa de la Viuda é Hijos de Subirana, Puerta Ferrisa, 16, y en la Administración de la Revista Popular, Pino, 5, y además en las principales librerías de provincias.

LA ILUSTRACION CATOLICA.

DIRECTOR: DON MANUEL PEREZ VILLAMIL.

Se publica desde el 1.^o de Julio de 1877, en papel superior, con tipos elegantes, y consta de OCHO PAGINAS, conteniendo VEINTICUATRO GRANDES COLUMNAS DE TEXTO, perfectamente impresas, é intercaladas con magníficos grabados, representando, ora los principales acontecimientos de actualidad que ocurran en el mundo católico, ora retratos de los personajes más importantes en la Iglesia, en las Ciencias, en la Literatura y en las Artes, ora copias de los mejores cuadros y esculturas de nuestros Museos y Templos.

Sale á luz, con la puntualidad que tenemos acreditada, los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes, sin embargo de dar suplementos cuando los acontecimientos ó la aglomeración de asuntos de importancia lo requieran, ampliando el texto ó los grabados.

Las suscripciones se pagarán adelantadas.

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACION CATOLICA, Jesus del Valle, 23 y 25, principal, en las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de Provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro, ó bien en los Bonos del Timbre, que para la suscripción de los periódicos se hallan de venta en todos los estancos de la Península. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero estos han de ser precisamente de comunicaciones.

FILIPINAS.—D. Gervasio Memije, imprenta del Real Colegio de Santo Tomás, en Manila.

BUENOS AIRES.—D. Manuel René, calle del Perú, núm. 42.

La correspondencia y reclamaciones se dirigirán al Administrador de LA ILUSTRACION CATOLICA, Jesus del Valle, 23 y 25, pral.

APARATO BIBLIOGRÁFICO

PARA LA

HISTORIA DE EXTREMADURA,

POR EL EXCMO. SEÑOR

D. VICENTE BARRANTES,

Individuo de número de las Reales Academias Española y de la Historia, Cronista de ambas provincias extremeñas.

Obra única en su género, y la más completa que posee ninguna provincia de España, no es sólo una bibliografía más ó menos rica y detallada, sino un exámen detenido y filosófico de las fuentes históricas de los principales pueblos é instituciones de la region extremeña.

Forma tres magníficos volúmenes en medio folio, con más de 1.500 páginas y 560 artículos, que no sólo interesan á todos los pueblos, sino á las personas que tienen en aquel país negocios agrícolas, industriales ó mercantiles.

Su precio 120 reales en Madrid y 130 en provincias, si bien al que directamente la pida al Administrador, D. Andrés Martín, calle de Serrano, 16, segundo, se le regalará una de las seis obras del Sr. Barrantes que se anuncian en la cubierta del tomo III.—A LOS LIBREROS SE HACEN GRANDES REBAJAS EN PEDIDOS POR MAYOR.